

...
Pero sí realizó el Presidente Jiménez otras empresas de grande alcance para el progreso de su país.

Apenas las mencionaré, porque esta carta va tomando mucha extensión, y he tocado ya el punto concreto sobre que Ud. me ha pedido un comentario.

Escuelas y Caminos: tal es la síntesis de la gestión del señor Jiménez. Es decir, sembrar en los jóvenes espíritus la instrucción, sobre que se apoya y funda el progreso moral e intelectual, y fomentar vías de comunicación, que alimentan y vivifican el progreso material y la riqueza pública.

El Presidente Jiménez sintió orgullo en preparar y mantener como para coche la carretera que unía a la vieja capital con el activo puerto de Puntarenas, entonces arteria única del comercio importador y exportador y se afaná además por abrir el suspirado camino al Norte, desiderátum de todos los mandatarios habidos y en especial del gran Carrillo. Escogió el puerto de Limón como punto terminal de la vía y puso las primeras bases de esta importante población. Hizo venir dos ingenieros americanos para el estudio y localización del camino y empezó a construir la carretera, con la ayuda del Director de Obras Públicas don Francisco Kurtze, hombre de larga experiencia y de extensos conocimientos. En su segunda administración contrató con un grupo de capitalistas americanos un ferrocarril interoceánico por el precio alzado de diez millones de dólares.

Fundó otra institución de beneficios incalculables: el Registro Público, bajo el método prusiano. No he de encarecer la importancia de este centro, piedra angular de nuestro régimen de propiedad raíz, porque el gran público se da cuenta cabal de ella.

En el orden político, hay algo de que los jóvenes no pueden tener cabal idea y que debemos los ciudadanos costarricenses asentar al haber del señor Jiménez.—Aniquiló el pretorianismo.—Después de 1869 hemos tenido mandatarios de tipo militar y que han gobernado sin importarles un ardite la opinión pública, pero ya los jefes titulares del gobierno mandaban de veras y hacían su santa voluntad, sin tener que bailar en una cuerda floja, humillante y vergonzosa. El Presidente Jiménez puso fin al sistema que imperó aquí por largos años y ya no fué fácil que la suerte de los Presidentes estuviese a merced de la rivalidad o inteligencias de los comandantes de cuartel. La fuerza militar desde entonces ha estado bajo la dirección del Jefe del Ejecutivo, y para deshacerse de un gobierno ha tenido que echarse encima una responsabilidad directa.

En lo Internacional no hemos de olvidar el episodio de 1865, o sea el asilo concedido al General don Gerardo Barrios. Ocioso sería traer a cuento los detalles de un suceso de tamaña magnitud, que ningún centroamericano ignora. Baste recordar que en esa ocasión, el Gobierno de Costa Rica mantuvo el principio de hospitalidad que hacía de

esta tierra un refugio saguro para todos los emigrados centroamericanos, y acogió a un hombre ilustre perseguido y acosado por la cuádruple alianza, prefiriendo, antes que violar las tradiciones y rechazarlo del suelo nacional, exponerse a la lucha con las demás repúblicas de Centro América, tres de las cuales cortaron con nosotros las relaciones oficiales y de comercio. El Presidente Jiménez, en un consejo inolvidable, impuso su criterio y nuestra bandera no sufrió ningún desdoro en tan crítico minuto. ¡Cuánto contrasta esta noble y generosa conducta con la que observó nuestra vecina al entregar al mismo General Barrios, caído en su poder por arribada forzosa, para que el odio implacable del indio Carrera, heredado en esos días por el Mariscal Cerna y la hipócrita crueldad del Fraile Dueñas llevasen al patíbulo al entonces caudillo del Unionismo!

Tales son los eminentes servicios que prestó el Presidente Jiménez.

Fué además de una corrección inmaculada en cuanto a manejo de caudales; y en el juicio de residencia que intentó seguir contra él la Convención Nacional de 1870, integrada por enemigos suyos, los más rabiosos, no encontraron ni sombra de mérito para una acusación fundada de peculado o de malversación: los capítulos de cargo fueron de orden político especialmente. La honradez del señor Jiménez, podía resistir la más escrupulosa investigación, pero era poco piadoso cebarse en un hombre caído y así el juicio resultaba injusto e impopular. Tanto que el General Guardia, en parte por magnanimidad, que sí tenía, en parte por dar campo a sus proyectos ambiciosos, y en parte también por satisfacer a los pueblos indignados, disolvió aquella convención, que locamente trataba de parodiar a la francesa y absorber todos los poderes.

¡Que el Presidente Jiménez disolvió un Congreso, que sacó a un diputado del recinto legislativo y que en general fué gobernante de puño cerrado! Ciertamente es, pero tales cargos, aunque no pueden justificarse, sí deben encontrar excusa ante la posteridad. Los tiempos eran de organización, las costumbres de humildad y mansedumbre en los gobernados y de dureza e imperio en los gobernantes, y el concepto de autoridad tenía muchos codos por encima del de libertades y garantías. Los ejemplos habidos antes no eran por lo común para exigir en el

Ejecutivo un severo respeto de la ley constitutiva. Aun después pocos son los mandatarios que pudieran tirar al señor Jiménez la primera piedra. La libertad no ha sido planta que haya arraigado honda y definitivamente en nuestro suelo, y la ha habido cuando los Presidentes, por sus convicciones y carácter, han permitido que exista y brille. Pero la libertad no será efectiva sino cuando los pueblos no se contenten con recibirla como merced, sino que la reclamen y amparen como amparan y reclaman sus propiedades. Hubo unos cuantos años en que pudimos creer consolidadas entre nosotros las de prensa, de reunión y de sufragio. Pues si hoy no lo están todavía, cuando está propagada la instrucción, cuando los ciudadanos conocen sus deberes y derechos, cuando se ha predicado por elocuentes tribunos en todas las plazas públicas y se han ofrecido y prometido en todos los tonos a cambio de votos, cuando el gobierno democrático amplía su radio de acción a mundos que parecían perpetuamente destinados a ser presa de la tiranía ¿cómo hemos de marcar la frente de los que nos gobernaron hace medio siglo o más con el estigma de autoritarios?

A los mandatarios de esa época lejana pidámosles que nos hayan dejado obras de sustancia, que nos hayan legado ejemplos de patriotismo, que nos hayan enseñado lecciones de honradez. No les exijamos que gobernarán con las ideas y con las aspiraciones de hoy.

Fundado en estas consideraciones, no siento escrúpulo alguno para invocar el espíritu del acusado y decirle, en nombre y como parte de las actuales generaciones, que afean tantas culpas y que son ya para él, los albores de la posteridad; con la balanza de la justicia en las manos y ante la imagen agradecida y piadosa de la Patria:—PRESIDENTE JIMÉNEZ, por tus capitales obras de progreso, por tu acendrado amor a Costa Rica, por tu pureza administrativa, por tus otras excelsas virtudes públicas y privadas, de esos pecados que te echan en cara, *ego te absolvo*.

Afectuosamente,

CLETO GONZÁLEZ VÍQUEZ
Ilustre Ex-Presidente
de Costa Rica.

(Dos Próceres, 1918).

Noticiario

(1923)

Jueves 21 de junio de 1923.—Llega don Jacinto Benavente a la capital de Costa Rica con una Compañía de Alta Comedia.

Los españoles residentes en San José, que son muchos, una rica y respetable y laboriosa colonia, acuerdan:

1º—Que una delegación de la colonia lo reciba en Puntarenas;

2º—Declararlo huésped de honor de la colonia;

3º—Cierre del comercio español a la hora en que llegue a esta capital;

4º—Que la colonia, en cuerpo, lo reciba a su llegada a la estación de San José y lo acompañe hasta su alojamiento;